



Pedro sin miedo

Había una vez un joven llamado Pedro al que todo el pueblo conocía porque no parecía tener miedo de nada. Vivía con su familia en una casita al pie de una montaña y, desde pequeño, había mostrado una gran curiosidad y mucho coraje.

Era alto y fuerte, tenía el pelo rubio y unos ojos brillantes que reflejaban su espíritu aventurero. No lo asustaban los animales feroces ni las grandes tormentas. Siempre estaba dispuesto a explorar bosques, cuevas y montañas.

Un día oyó hablar de un castillo encantado. Decían que estaba lleno de tesoros, pero también de peligros, criaturas extrañas y espíritus. Nadie del pueblo se había atrevido a entrar.

Pedro decidió visitarlo y descubrir sus secretos. Antes de partir, su madre le entregó una capa para protegerse del frío y un saquito de comida.

El camino no fue sencillo. Atravesó bosques espesos, escuchó a las criaturas nocturnas y vio sombras misteriosas entre los árboles. Sin embargo, cada nuevo desafío aumentaba su curiosidad.



Por fin llegó al castillo. Sus torres eran altas y sus muros grises estaban cubiertos de enredaderas. La puerta se encontraba entreabierta, como si esperara su llegada. Pedro entró.

La primera prueba lo aguardaba en una sala cuyo suelo estaba cubierto de serpientes. Eran criaturas del encantamiento del castillo. Pedro recordó la serenidad que le había enseñado su abuelo y avanzó con decisión. Las serpientes mágicas se apartaron y le dejaron pasar.

Después encontró a un fantasma que lloraba. En vez de huir, se acercó para preguntarle qué le ocurría. El fantasma estaba triste porque había perdido una joya muy querida.

Pedro prometió ayudarlo. Tras buscar por toda la habitación, descubrió la joya debajo de una piedra suelta del suelo. Al recibirla, el fantasma sonrió agradecido y desapareció. Entonces se abrió una puerta secreta.

Detrás había una gran sala iluminada por antorchas. Sobre una mesa descansaban monedas de oro, joyas y objetos de gran valor. Pero lo que más llamó la atención de Pedro fue una espada antigua que parecía hecha de luz.

Cuando la tomó, la sala resplandeció y una voz profunda dijo:

—Por tu valentía y tu bondad, te concedo el poder de esta espada. Te protegerá en tus viajes.

Pedro sintió una cálida emoción en el corazón. Había recibido una recompensa no solo por atreverse a entrar, sino también por ayudar.

Regresó a su pueblo con el tesoro y la espada mágica. Todos lo recibieron con alegría. Él compartió las riquezas para mejorar la vida de sus vecinos y, desde entonces, lo recordaron como al aventurero



que había descubierto los secretos del castillo encantado.

Su historia enseñó que ser valiente no consiste únicamente en afrontar peligros. También requiere empatía y voluntad de ayudar. El verdadero valor de Pedro estaba en su corazón y en sus acciones generosas.